

que provocó que algunos años después la tienda se modernizara irrevocablemente con puestos de pan francés y *delikatessen*. Pero entonces aún era el reino antiguo, como de posguerra, de la pobreza más o menos digna, con su pasión por el té aguado y el *gravy* de sobre.

No sé bien por qué la película de *Winterbottom* me ha hecho volver a esa primera etapa en Sheffield. Tal vez porque alienta en ella el mismo aura de miseria desangelada que nos sobrecogía cada vez que atravesábamos la ciudad en las tardes de invierno. Esa impresión de un mundo de tristeza infinita y pegajosa, de calles sumidas interminablemente en el abandono y la penumbra gris de las fachadas, con sus puertas y ventanas canceladas por tablones de madera y sus puñados de hierba rala esparcidos de cualquier manera en los parterres de barro negruzco, semejante a la pez. Como si un mundo de piedra tiznada hubiera surgido del apareamiento de la niebla y la tierra parda.

*5 de enero.* La ilusión ansiosa y algo desesperada de Paula mientras contempla el desfile de los Reyes Magos, como si adivinara oscuramente que cuanto sucede también está en curso de desaparecer, que aquello que viene ya se está yendo, que el presente no existe si no es como puñado de arena que se escurre entre los dedos. Vi alegría en su rostro, pero también la mueca nerviosa de quien no ha podido disfrutar el momento, de quien no termina de creerse o acoger del todo su realidad. Ofuscada por su propio deseo, fue capaz de sonreír sólo cuando pudo recordarlo y contarlo todo a su antojo. Estaba más cómoda en el pasado, porque de alguna manera se sentía capaz de abarcarlo, o se hacía la ilusión de poder recorrerlo entero.

*6 de enero.* El día de Reyes me trae, como regalo al adolescente que fui, las primeras fotos de la superficie de Marte tomadas por el robot autómatas *Spirit*. No son muchas, y en todas aparece el mismo paisaje: una extensión de tierra polvorienta y anaranjada; un tablero de pedruscos y guijarros inertes, engastados en la arena luciente. El planeta rojo es un poco menos rojo y está un poco menos vivo de lo que pensó Percival Lowell, autor de la famosa teoría decimonónica de los canales artificiales que debían recorrer la superficie como el fruto inequívoco de una inteligencia extraterrestre. No me importa, o me importa poco (acabo leyendo con desgana los artículos colgados a la foto), lo que los científicos tengan a bien revelar de sus descubrimientos sobre el terreno. Me quedo únicamente con la imagen, el simple recuadro de desierto que el robot ha logrado enviarnos y que me lleva a evocar, por unos momentos, mis ingenuas lecturas de Arthur A. Clarke y Robert Heinlein. A simple vista, es una imagen vulgar, sólo un recua-

dro de desierto incrustado de fragmentos de algo que se parece extrañamente a la piedra pómez. Y es absurdo pensar, además, que constituye un retrato fiable de la totalidad del planeta; estamos hablando de una superficie de tierra que triplica, como mínimo, la de nuestro mundo, y en la que cabe imaginar variaciones y cierta diversidad ambiental, por escasa que sea. La fotografía del *Spirit* es el hilo de una inmensa tela cuya naturaleza exacta desconocemos. Pero, por alguna razón, esta mañana me he quedado mirando la imagen largo tiempo, con fascinación algo necia, como si fuera una puerta por la que la fuerza de insistir nos diera paso. ¿Y quién sabe? A mí me ha dado paso, por unos instantes, a aquellas lecturas concentradas de los manuales de Carl Sagan e Isaac Asimov (*El Universo* en la ceñida edición de Alianza Bolsillo) que fueron, ahora no hay duda, mi mejor novela de aventuras. No recuerdo nada o casi nada de aquellos libros, y por lo mismo no creo que vuelva a leerlos jamás, pero cumplieron bien su papel, saciando la sed de infinito de mi adolescencia y encajándola en un sistema bien explicado «demasiado bien explicado a veces». La frase es excesiva, pero no se me ocurre mejor forma de decirlo. Lo curioso es que nunca tuve afición por la astronomía aplicada: mirar por un telescopio me parecía una actividad extraña, casi estrambótica. Me fiaba plenamente de las descripciones de mis guías, en curiosa inversión de lo que ha ocurrido con esta imagen última de Marte. Me doy cuenta, ahora, de que buscaba cartografías verbales de lo (literalmente) remoto y desconocido. Ignoraba aún, aunque me tenía a mí mismo como ejemplo, que a veces lo más próximo es lo inalcanzable. Ahora que lo sé me quedo con la foto: está aquí, frente a mis ojos, y vuelvo a escrutarla sin comprender.

*7 de enero.* De pronto, algo disloca la tapa de la mente como ese martillo que al golpear el último clavo hace saltar todos los anteriores. Lo que venía a cerrar el círculo lo abre sin remedio, convirtiéndolo en espiral echada al fondo. Queremos apresar ese algo, tomarlo en las manos como una piedra preciosa, pero ya estamos lanzados pendiente abajo por el tobogán enroscado de la duda. Que todavía podamos amortiguar la caída no deja de ser un consuelo más bien pobre.

*8 de enero.* El periódico es la forma que tiene el día de ayer de vengarse, como el breve alacrán que al emprender la retirada nos lanza su cola venenosa.

El periódico como una bomba de relojería transitoria. Pasado un día, se desactiva automáticamente.

*9 de enero.* Me inquieta, en ocasiones, detectar en Paula los mismos rasgos de carácter que ahora, en mí, defiendo y casi cultivo con orgullo, como si animaran la armadura que me permite avanzar y rehacerme cada día. La contradicción me desconcierta. ¿Lo que es válido en mi caso no lo es en una niña de cuatro años y medio? ¿Pienso, quizá, que no sabrá manejar sus rarezas y asimetrías? ¿Y acaso no tuve yo que aprender a manejarlas? Pero de nada sirve que su padre haya encontrado una puerta, ella tendrá que encontrar la suya y en esa búsqueda, inevitablemente, se hallará sola. Aunque lo penoso no es la soledad en sí, sino lo que cuesta, lo que se tarda en domarla...

*12 de enero.* Esta mañana, al salir con mi hija rumbo al colegio, la niebla envolvía con grave densidad las fachadas y edificios circundantes. Sólo se veían formas que iban y venían entre lo blanco, tentáculos que la propia niebla tendía tímidamente. Paula lo miraba todo con curiosidad pero no hacía comentarios. De las acacias desnudas colgaban jirones grises y los faros de los coches brillaban como pequeñas lunas a ras de suelo. Pocas veces he visto una niebla tan densa, tan bien entrelazada. Ya cerca del colegio, Paula lanzó la pregunta que llevaba minutos rumiando. La contesté como pude, explicándole que las nubes habían bajado desde el cielo y que no se irían a menos que el sol se lo pidiera. Algo, como siempre, entre la verdad y cierta exageración fantasiosa de la que no tardo en arrepentirme. Me hizo gracia que mi primer día de oficina este año tuviera ese aire (literalmente) de *tabula rasa*. Un inmenso telón de humedad me ocultaba las formas y relieves de la calle, y por lo mismo parecía sustraerme del tiempo, de ese tiempo que encarna precisamente en las cosas que nos rodean. Camino de la oficina, me sentía como un agente secreto deambulando con paso furtivo por la ciudad de mi propia incertidumbre. Una imagen de la soledad, de nuevo. Pero esta vez, al ser un escenario impuesto desde fuera, por los caprichos del clima, la he recibido de buen agrado, como a un invitado casual que no exige compañía ni charla constantes.

Días más raros de lo que uno quisiera, en que calibramos correctamente las dificultades y los impedimentos, el fracaso inevitable de nuestros propósitos, y aun así logramos encararlos con fuerza renovada, con alegre espíritu deportivo.

*13 de enero.* ¿Qué supone escribir sino el íntimo placer de enlazar unas palabras con otras, olvidarse del tiempo buscando hacer saltar la chispa que ilumine nuestra mesa de trabajo? Lo mejor de la escritura no es, en mi caso,